Mi primera luz africana

- ¿Cómo nos veis a nosotros? —pregunto.
- Como iguales —responde Ousmane.

Ousmane es nuestro guía y persona de contacto en Senegal de la organización con la que mi pareja y yo emprendemos esta experiencia de voluntariado, CC ONG Ayuda al Desarrollo. Nos acoge a nuestra llegada a Dakar y nos aporta algunas claves que nos serán de gran ayuda durante las siguientes semanas.

Junto a él salimos a conocer brevemente la ciudad. Un paseo por Dakar es como una bofetada de realidad para los ojos de un viajero primerizo en África. Calles a rebosar de comerciantes y personas que van y vienen sin rumbo fijo; una polución insoportable que entumece los sentidos, multitudes de niños que se acercan a blancos (los *toubab,* como así nos llaman) para saludarnos… Es un estrés, sí, pero un estrés mucho más humano, si es que se puede calificar así, al que estamos acostumbrados en las ciudades europeas. No se trata de una tensión artificial e impersonal por coger el metro para llegar al trabajo a toda velocidad o responder un mensaje a través del móvil. Aquí nos acercamos al bullicio, al griterío de los tenderos, a una explosión de niños por todas partes. La vida transcurre en la calle, no en un grupo de WhatsApp.

En el idioma wolof *n'dakar* significa "el tamarindo" debido a la exuberante vegetación que exhibía tradicionalmente la península de Cabo Verde. Tres millones y medio de personas —aproximadamente un cuarto de la población total de Senegal— habitan en esta gran urbe, que concentra actualmente casi el 80% de la actividad económica del país y donde la palabra "silencio" no se puede concebir.

Los niños están por todas partes. La población de Senegal —como la de muchos países africanos con altas tasas de natalidad y una baja esperanza de vida— es insultantemente joven, ya que el 43% de sus habitantes tiene menos de 14 años.

Por encima de todo, hay una sensación que impregna todos nuestros pasos durante el recorrido: los extremos de la riqueza y la pobreza son claramente visibles en cada barrio, cada vecindario, cada calle, cada esquina. Concesionarios de automóviles de alta gama y lujosos complejos residenciales "conviven" en una jungla de asfalto interminable con unas profundas bolsas de pobreza y personas desahuciadas que, simplemente, parecen estar esperando su final. Al fin y al cabo, África es esperar, como pronto descubriremos en este viaje.

De repente nos sorprende un *car rapide*, el medio de transporte más característico de Dakar. Unas viejas camionetas con colores llamativos en los que la frase "donde caben dos, caben tres" cobra todo su sentido. Vemos a varios jóvenes colgando agazapados de su portón trasero y seguimos caminando hacia el centro de la ciudad como si la estampa ya hubiera sido interiorizada con total naturalidad por nuestra mente.

Ousmane es mucho más que nuestro enlace local de CC ONG. Es el compañero avezado que nos ayuda a encajar las piezas del caótico puzle de escenas cotidianas que contemplamos. Es cierto que la realidad se

encuentra delante de nuestras narices y presenciamos lo que ocurre. No obstante, hay ocasiones en las que sin ayuda de un referente como él nos sentiríamos faltos del contexto necesario para comprender las causas de los principales problemas que azotan el país: la escasez de recursos básicos como el agua potable, el desempleo, la llegada masiva de jóvenes procedentes de zonas rurales que no encuentran cabida en la ciudad…

Senegal depende económicamente de los ingresos procedentes de la minería de fosfatos, la pesca, la producción de fertilizantes y la agricultura. Es un Estado profundamente endeudado, ya que su deuda pública en 2015 alcanzó el 56,92% del PIB. En este sentido, el PIB per cápita es un muy buen indicador del nivel de vida y en el caso de Senegal, en 2016 fue de 867 euros, situándose así en el puesto 166 de un total de 196 países.

Una vez pregunté a Ousmane si en alguna ocasión había visitado España.

- Nunca —me dijo—. Me encantaría, aunque no creo que me quedara a vivir allí. Quiero vivir aquí.

Binta, la hermana de Ousmane, nos recibe en su casa con una sonrisa de oreja a oreja. Según la tradición africana, el huésped es tratado con todos los honores. Ella no habla francés, solamente wolof y eso parece complicar las cosas, pero no hay nada como el deseo firme de comunicarse entre dos seres humanos para hacerse entender. Al cabo de un rato ya supimos darle las gracias (*jërëjëf*) en nuestro ortopédico wolof y disfrutar de los magníficos espaguetis con pollo que nos había preparado.

Las sociedades africanas mantienen vigorosamente el sentido de comunidad, entendida como cercanía con el otro y pertenencia a un colectivo. Lo peor que le puede pasar a una persona no es la pobreza, sino estar solo, la ausencia de relaciones sociales. El individualismo no tiene razón de ser ya que un ser humano no es nadie sin su estirpe, sin su núcleo familiar. Niños, adultos y ancianos viven juntos. Nigel Barley en su maravillosa obra *El antrópologo inocente* afirmaba que “la intimidad esencial del individuo es la primera carencia de la vida africana”. Es un hecho que podremos constatar en diferentes momentos durante las tres semanas de nuestro viaje.

Carteles electorales en Dakar con motivo de los comicios legislativos el 30 de julio de 2017.

Como muestra de lo anterior basta un pequeño ejemplo. Son suficientes unas pocas horas en Dakar para comprobar que muchos edificios de viviendas se encuentran en construcción. No se trata de que se estén erigiendo nuevos barrios, sino de que las familias van ampliando sus casas a medida que los miembros de la familia aumentan.

El clan de Papa Gueye

Tras pasar un día y medio en Dakar partimos hacia Boucoul, el primero de nuestros destinos de voluntariado. El transporte en muchos países africanos proporcionaría contenidos para escribir un libro entero, que en cualquier caso tendría por título "Paciencia". Kapuściński decía que para los africanos "el tiempo es una realidad pasiva, y sobre todo, dependiente del hombre". Por eso no debemos extrañarnos si un autobús tarda en arrancar. Arrancará, sencillamente, cuando acuda la gente y lo llene.

Unas horas después (y cargados con unos cuantos kilos de mangos para los niños en nuestras mochilas) llegamos a Boucoul. Se trata de un pequeño poblado de unos 100 habitantes en la región de Louga, al norte de Senegal. Como muchas zonas rurales tiene grandes dificultades por su extremo aislamiento, que se hace todavía más patente en la época de lluvias. CC ONG Ayuda al Desarrollo viene implementando en los últimos años acciones relacionadas con la electrificación a través energía solar fotovoltaica y el acceso al agua, entre otras. No obstante, nosotros nos dedicaremos en concreto a un proyecto de educación en la escuela (también financiada por la misma organización), a la que acuden unos 30 niños de diferentes edades.

El derroche de vitalidad y de energía que emanan los niños de la aldea nos contagia nada más llegar. Los primeros obstáculos en la comunicación afloran, pero también lo hacen las primeras sonrisas y complicidades. No nos extrañan, ni nos hacen sentir como extraños sino todo lo contrario. Enseguida me doy cuenta de que en este momento y lugar será necesario extraer toda la empatía de la que carezco y toda esa humanidad que a veces se nos olvida que tenemos.

Noche profunda desde nuestro barracón en Boucoul.

Mientras esperamos que llegue Papa Gueye, el padre de la familia con la que viviremos los próximos diez días, aprovechamos para conocer sus cuatro mujeres y catorce hijos. Después de diez minutos de presentaciones no recordaba ni siquiera cuál era mi nombre.

Papa Gueye es un patriarca longevo en apariencia, pero tremendamente joven en realidad. Con poco más de cuarenta años, su estatura imponente le aporta un aire desgarbado y ágil, pero a la vez fuerte. Tras un discreto bigote dejaba esconder una gran sonrisa solo alterada en ocasiones en los que necesitaba poner orden entre los niños.

Nos alojamos en un barracón reservado para mi pareja y yo. Sin ningún tipo de lujo —ni falta que hacía—, en las mismas condiciones que nuestros anfitriones. Cae la noche, y una imagen trivial pero bellísima queda grabada en mi retina. Un niño de la familia de Papa Gueye juega a enterrar sus pies en la arena caliente. ¿Acaso hay un gesto más universal?

¡A la escuela!

Primer día en el colegio. Es una completa locura. No es que lo más pequeños no quieran aprender. Es que simplemente no están acostumbrados a seguir unas normas básicas de comportamiento, después de haber permanecido durante más de un año sin profesor en la escuela —el que había enfermó de malaria y el Gobierno senegalés no envió nunca un sustituto—. Además, la situación resulta aún más complicada para personas no docentes como es nuestro caso. A lo anterior hay que sumar la barrera del idioma, que incrementa la impotencia que sentimos en ocasiones a la hora de transmitir conceptos a los niños.

En la escuela intentábamos trabajar agrupando los niños por edades. Cualquier parecido a una imagen idílica y tranquila es pura coincidencia.

Nuestros planes, por los suelos. Nuestro pequeño proyecto educativo, inviable a todas luces. Nuestra ilusión, ligeramente tocada. Nuestras ganas de seguir aprendiendo de esta experiencia, eso sí, continúan intactas.

Por otro lado, el calor amenaza con superarme. Es curioso como en las sociedades occidentales hemos desposeído inconscientemente a las inclemencias meteorológicas de gran parte de su influencia sobre

nuestros hábitos diarios. Podemos estar a cuarenta grados en casi cualquier ciudad española un día de julio, pero eso no nos impedirá ir a trabajar o ver la televisión en casa bien guarecidos junto al aire acondicionado, ni tampoco en muchos casos nos alterará nuestro carácter o nuestro comportamiento. Seguiremos haciendo lo que teníamos planeado, tan solo con alguna ligera incomodidad.

Varios niños y niñas de Boucoul disfrutan eufóricos del nuevo fenómeno sociológico que "exportamos" al poblado: el juego del Memory. Sus madres les observan atentamente, hasta que deciden quitarles las fichas y empezar ellas su propia partida.

En cambio, aquí, la asfixiante sensación de impotencia ante las altas temperaturas y la extrema humedad son factores paralizantes, que impiden planificar y desarrollar cualquier actividad prevista. Y lo más importante, afectan a mi temperamento. El calor me pone de muy mala leche, y eso que soy sevillano.

Primer intento de paseo. Al atardecer, antes de regresar a casa de Papa Gueye emprendo una insólita aventura: dar una breve caminata en solitario por los alrededores de la aldea. Al primer paso lo vi complicado, al segundo improbable y al tercero imposible. Los mosquitos habían organizado un ejército contra el que nada podía hacer. El calor y la algazara de niños a mi alrededor se encargaron de hacer el resto.

Ya soy Modou Ndiaye

Avanzan los días en Boucoul y en ocasiones la sensación que me invade no es otra que la frustración. Aunque es cierto que las cosas en la escuela van mejorando poco a poco, nos sentimos incapaces de conseguir que los niños completen una determinada tarea de principio a fin. Luego, con los mayores la cosa cambia, ya que están ávidos de aprender. Por uno solo de esos momentos en los que somos capaces de enseñarle a multiplicar a un niño con interés ya merece la pena todo el esfuerzo.

Comenzamos a entender que la parte más difícil de cualquier proyecto de cooperación o voluntariado es la sensibilización. Se puede contribuir económicamente a la financiación de acciones; se pueden traer kilos y kilos de alimentos o de medicamentos o, en nuestro caso, de material escolar; se puede aportar el tiempo personal en forma de voluntariado…

Al final, todo es estéril si la población local no comparte, entiende e interioriza dichas acciones.

Nos sentimos observados, pero nunca intimidados. Las familias nos miran constantemente, atentos a la manera en que nos movemos y cómo nos relacionamos. Y no dejo de preguntarme qué esperan realmente de nosotros los padres y las madres de Boucoul, si creerán que ayudamos realmente a sus hijos o no.

Cumba, la hija mayor de Papa Gueye, fue un gran apoyo para nosotros durante toda nuestra estancia en Boucoul.

Segundo intento de paseo en solitario. Esta vez supero mi propio récord y consigo avanzar diez metros más que en mi primera tentativa. Toda una proeza. Además, el día acaba con una grata sorpresa. Los niños me bautizan con el nombre de Modou Ndiaye (Modou es uno de los nombres que significan “maestro”).

El gran baobab

En la escuela vamos cosechando pequeños éxitos paulatinamente. Conseguimos por ejemplo que varios niños que nunca antes habían prestado atención se centrasen durante unos minutos en aprender a restar, o que numerosos alumnos trabajaran de manera colaborativa para completar juntos una manualidad. Asimismo, logramos que los niños disfrutaran de juegos infantiles en común, o que se interesaran por un taller de higiene bucodental en el que también participaron sus madres. Es imposible explicar la satisfacción que tuvimos en todos esos instantes. Si hubiéramos tenido botellas de cava las habríamos descorchado a pares como muestra de júbilo.

Uno de los días que estuvimos en Boucoul la mayor parte de la familia de Papa Gueye acudió a visitar al abuelo paterno, a unos catorce kilómetros de la aldea. Un carro impulsado por caballos a la entrada del poblado aguardaba para llevar a las mujeres, quienes vestían sus mejores galas para la ocasión. En un ambiente sin grandes estímulos, cualquier pequeño suceso como este representaba toda una escena. Los más pequeños se agolpaban alrededor de las señoras, admirados por el desbordante colorido de sus vestidos. Aunque pueda parecer sorprendente desde nuestro punto de vista en un entorno con tan pocos recursos, la

apariencia en la indumentaria y los adornos son una cuestión de orgullo, primordiales, a veces incluso en detrimento de las necesidades vitales.

Lo anterior no es más que un simple ejemplo del desafío antropológico que para un europeo supone venir a un lugar como este. Me refiero a la desconexión de innumerables códigos culturales, sociales y de comportamiento que aplicamos a diario de manera inconsciente, porque habitualmente tendemos a no reflexionar sobre nuestra propia cultura hasta que la confrontamos con otra.

Tercer intento de paseo. ¡Lo conseguí! Además, esa noche me llevé un regalo a la cama: conocer el gran baobab. Un descomunal ejemplar de este árbol tropical nos esperaba a poco más de 20 minutos caminando desde Boucoul. Solamente tuvimos que dejarnos guiar por los niños del poblado para llegar hasta él.

Si bien la experiencia con los niños en la escuela va poco a poco siendo más gratificante, las tardes a la sombra del baobab (este ya de un tamaño más modesto) en torno al que se sitúan las chozas de Boucoul resultan sin duda los momentos en los que más disfrutamos de nuestro voluntariado. Al caer el sol la familia de Papa Gueye se reúne y tenemos la oportunidad de compartir con ella lo mejor del día. Una esterilla sobre la arena, unos vasos de té y el sempiterno y adormecedor sonido de la radio nos acompañan. Son sin duda también los instantes en los que el lastre de no dominar el idioma se hace más obstaculizador. ¡Hay tantas preguntas que nos gustaría hacer a Papa Gueye!

Es preciso tener en cuenta que muchas sociedades africanas no conservan anales de lo que sucede entre ellas, ya que no existe tradición de escribir la historia. A pesar de ello, saben perfectamente lo que ocurrió en tiempos más remotos, y es gracias a las conversaciones familiares en momentos como los descritos anteriormente.

El día que conocimos “el gran baobab”.

Una tormenta descomunal azota el poblado. El barracón en el que dormimos parece estremecerse mientras la lluvia golpea el tejado de uralita sin piedad. Es nuestra última noche en Boucoul. Mañana partiremos a Louga y de ahí a Saint Louis, segundo destino de nuestro

voluntariado. A medida que nos invade el sueño sentimos que nos hemos vaciado con estos niños, como si ya no quedara nada más en nuestro interior.

Travail, Discipline, Réussite

Al llegar a Saint Louis, y aunque las diferencias con Dakar sean notables, volvemos a sentir el frágil equilibrio de las ciudades africanas. Peatones, camiones, taxis, ciclistas y corderos circulan indistintamente por las mismas calles embutidas de vida. La contaminación desbordante se abre a nuestros pasos y el regateo interminable -sí, lo siento, probablemente no estoy hecho para el comercio informal africano- continúa en los mercados.

Del Saint Louis de la época colonial no queda demasiado, o al menos, no demasiado en buenas condiciones de conservación. La decadencia se ha acabado imponiendo al apogeo que tuvo esta ciudad en el pasado. Aunque forma parte de la lista de lugares declarados como Patrimonio Mundial por la Unesco, la imaginación del viajero que llega por primera vez a esta población senegalesa (fue la capital del país hasta 1902) debe emplearse a fondo para evocar cómo la trata de esclavos y el comercio hacia Europa y América convirtieron a este enclave único en el centro de la economía nacional finales del siglo XIX.

En cualquier caso, el colegio de Primaria Pikine Takk, en el barrio de Pikine, queda lejos de cualquier zona turística de Saint Louis. Aquí colaboraremos con la organización local Sydcom, a la cual CC ONG ayuda en la implementación de un programa de alfabetización en escuelas situadas en zonas sin recursos. En concreto nosotros trabajaremos con un grupo de unos 20 alumnos de entre 8 y 11 años, a los que intentaremos impartir un programa formativo básico de informática.

Entrada de la escuela de Primaria Pikine Takk en Saint Louis. Abajo, una imagen del barrio de Pikine.

Nuestro primer día en la escuela de Pikine fue, como lo había sido en cierta medida en Boucoul, un tanto frustrante. No obstante, las dificultades no venían relacionadas con problemas de comportamiento o de falta de hábito escolar. Escrupulosamente ordenados y profundamente respetuosos —al entrar a clase se acercaban presurosos a estrecharnos la mano y darnos los buenos días—, los niños parecían haber perdido la espontaneidad. Su naturalidad infantil parecía haber quedado diluida, tal vez arrastrada por la dureza de la realidad que les había tocado vivir. Eso sí, todos rieron cuando les dijimos que nuestros nombres no eran realmente Vanessa y Juan, sino Magat y Modou.

Acabamos nuestra primera jornada en el colegio sorprendidos por la rigidez que en todo momento mostraron los estudiantes, la férrea disciplina que atesoraban. Al cerrar la puerta que daba acceso al centro, dirigimos por un instante la mirada atrás para fijamos en la tríada de valores grabados concienzudamente en la pared de entrada: *Travail, Discipline, Réussite* (Trabajo, Disciplina, Éxito).

Clase de informática en Pikine. ” L'ordonnateur ne marche pas… «.

La estación “refugio”

Durante los días que estuvimos en Saint Louis comprobamos como el entorno tan hostil de la ciudad podía efectivamente tener efectos devastadores sobre la infancia. Muchos niños, procedentes sobre todo de zonas rurales de Senegal sumidas en la pobreza y el analfabetismo, y en ocasiones también de países limítrofes como Gambia o Guinea-Bissau, son enviados a las grandes ciudades por sus propias familias. Allí quedan a cargo de los *marabouts,* quienes pretenden iniciarles en el aprendizaje del libro sagrado del islam dentro de las *daaras* (escuelas coránicas). En realidad estos menores, popularmente conocidos bajo el nombre de *talibés,* viven en unas condiciones lamentables y pasan la mayor parte del tiempo deambulando por las calles pidiendo limosna con sus características vasijas rojas. Las razones que motivan a las familias a esta práctica son frecuentemente de tipo material y financiero, así como el apego a la tradición y la cultura religiosa.

Gracias a Amadou, un buen amigo de Ousmane, tuvimos la oportunidad de descubrir la Maison de la Gare (Casa de la Estación). Aunque no formaba parte de nuestro voluntariado, decidimos visitar esta organización de atención y acogida a *talibés* situada en el corazón de Saint Louis, muy cerca de la antigua estación de tren. Más de 400 niños han pasado ya por este centro, que ofrece clases de alfabetización, una enfermería, duchas, espacio de juegos…

Allí conocimos a Abdourahmane Soumaré, uno de los profesores. “Nuestro objetivo es la sensibilización de las familias”, asegura. Una tarea harto complicada ya que exige en muchos casos desplazamientos de cientos de kilómetros hasta países vecinos, de donde proceden muchos de estos menores. En total, desde la Maison de la Gare estiman que más de 30.000 niños mendigos viven actualmente en las calles en el conjunto de Senegal.

Las ciudades son entornos particularmente duros para los niños y en especial para los *talibés.*

La invasión de los corderos

Seguimos con nuestras clases haciendo lo posible con los recursos de los que disponíamos. Pensamos que nos encontraríamos diez equipos informáticos en buen estado, un proyector y conexión a Internet. En realidad teníamos ocho ordenadores portátiles con versiones de un sistema operativo completamente obsoletas, teclados en muchas ocasiones inservibles y pantallas agrietadas. Del proyector y la conexión a la red nunca se supo.

Esta clase de vicisitudes forman parte de la improvisación y adaptación continuas a la que todos debemos someternos en el continente africano. Tener unos objetivos claros es imprescindible pero saber reaccionar ante todas las adversidades que nos encontraremos en el camino es igualmente vital.

Resulta muy curioso comprobar como los chavales de Pikine, en cuanto al uso de herramientas digitales se refiere, se comportan siguiendo pautas similares a las de cualquier niño europeo. Saben cómo manejar un ordenador para disfrutar de un juego (había verdaderos campeones del “Buscaminas”), pero carecen de conocimientos ofimáticos básicos para teclear correctamente un texto, por ejemplo.

Vertedero en el barrio de Pikine. La acumulación de residuos y la falta de canalizaciones de aguas ejercen una gran presión sobre el medioambiente de ciudades como Saint Louis.

Para llegar hasta la escuela cruzamos cada día la ciudad en autobús, fijándonos con especial atención en Guet N'Dar, el barrio de los pescadores, uno de los puntos con mayor densidad de población de todo África occidental. Las abigarradas barcas se arremolinan al llegar a la costa mientras la suciedad y los despojos de la actividad pesquera se funden con el paisaje del barrio en un ajetreo constante. La ciudad está invadida por corderos ante la inminente celebración de *Tabaski*, que literalmente significa "gran fiesta". Es la segunda celebración más importante del islam después del Ramadán. Ese día conmemora el pasaje recogido tanto en la Biblia como en el Corán, en el que se muestra la voluntad de Abraham de sacrificar a su hijo como un acto de obediencia a Dios, antes de que este interviniera para proporcionarle un cordero y que matara a este animal en su lugar.

Dos corderos esperan felices su final, días antes de la fiesta de *Tabaski*.

Las llamativas piraguas de los pescadores son un icono senegalés, no en vano este sector constituye una de las principales fuentes de riqueza del país.

Reflexiones para la ayuda con conciencia

Escribo ya en el avión de vuelta, ya casi derrotado por el sueño. Sé que estoy triste por dejar Senegal pero contento por regresar a casa. La combinación de ambas emociones me reconforta, ya que es similar a la que he sentido al dejar sitios anteriores donde he vivido y he sido feliz.

No soy un "cooperante amateur" de los que habla el antropólogo Gustau Nerín. Antes de viajar a Senegal y dedicar todas mis vacaciones de verano a realizar un voluntariado realicé un ejercicio de reflexión acerca del sentido del proyecto en el que iba a colaborar, si este servía para una causa de desarrollo concreta y qué organización estaba detrás del mismo. No fui a Senegal buscando el sentido de la vida, ni tampoco lo encontré.

Si bien físicamente en ocasiones puede llegar a resultar dura, lo más complicado de la experiencia en Boucoul y Saint-Louis es la toma de conciencia en perspectiva. Ser capaces de levantar la vista de nuestro proyecto particular, por maravilloso y enriquecedor que nos haya parecido, y asumir la complejidad de las soluciones a los problemas. Al participar en un voluntariado internacional, por breve, minúsculo y concreto que haya sido en mi caso, resulta imposible si se tiene espíritu crítico no advertir los profundos interrogantes que rodean el mundo de la ayuda al desarrollo: ¿están bien enfocados los proyectos de cooperación?, ¿ayudan realmente al progreso social y económico de las clases más desfavorecidas en los países africanos?

El desarrollo (sea lo que sea que signifique tal concepto inabordable) no vendrá por la llegada de un ejército de voluntarios europeos dispuestos a impartir clases en una escuela rural o atender a enfermos en un dispensario africano situado en mitad de la nada. Sí, eso ya lo sabíamos antes de emprender el viaje, pero ahora ya lo hemos visto con nuestros propios ojos. Los problemas a resolver son multidisciplinares e incluyen tantos ángulos que es imposible atajarlos solo desde la óptica de la cooperación y/o el voluntariado.

No obstante, hay que venir y verlo. Y ayudar con cabeza. No vale cualquier ONG, ni cualquier proyecto, como no vale cualquier partido político o sindicato al que podamos afiliarnos. Estar aquí, *convivir* con una cultura completamente diferente a la tuya, es ya motivo de sobra para cruzar el estrecho. Convivir, más aun en esta clase de experiencias tan cortas como la nuestra, es más importante que la idea de ayudar. Claro que siento que hemos ayudado, aunque sea mínimamente, a los niños de Boucoul y de Saint Louis. Pero también soy consciente de que nuestra ayuda no ha supuesto una mejora sustancial en sus condiciones de vida, y que sin embargo la experiencia sí me ha servido a mí para mirar el mundo con otros ojos. Ser más consciente y capaz de entender la realidad de una manera más completa me ayudará a tomar decisiones y posicionarme con más responsabilidad en mi día a día, aquí, a la vuelta del viaje.